

LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA EN LA UNIVERSIDAD CONTEMPORÁNEA¹

Pedro Wenceslao Lobo

Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino

El significativo desarrollo tecnológico producido en el mundo occidental a partir de 1945, cuyo factor desencadenante fue el esfuerzo por desarrollar armas cada vez más eficaces que demostraran la superioridad bélica de los Estados, fue motivo de análisis por los más destacados estadistas y estrategias militares que llegaron a la conclusión que se debía dejar de considerar a la guerra como arte y resultado de las negociaciones diplomáticas, pues se había transformado en una competencia tecnológica, de horizontes ilimitados.

El filósofo belga Jean Ladrière, Doctor *Honoris causa* de nuestra Universidad, en su libro “*El reto de la racionalidad*”, precisa el concepto de ciencia que imperaba en la década de 1970, cuando se produce el más grande cambio científico en la humanidad.

Nuestro ilustre diplomado se expresa así:

“La ciencia puede ser considerada como la suma actual de conocimientos científicos, como una actividad de investigación o hasta como un método de adquisición del saber”. “... Hubo un tiempo en que el trabajo científico era el quehacer de un grupo reducido y se desarrollaba al margen de las instituciones. Hoy ha llegado a ser un sector importante, y en cierto sentido decisivo, del trabajo social, está fuertemente institucionalizado y, por esto mismo, planificado; la parte de fantasía, de azar, de imprevisibilidad, de creatividad personal, que había sido tan importante en las primeras fases del desarrollo científico, es hoy día casi marginal. La actividad de investigación se ha convertido en una profesión como otra cualquiera, se ejerce en instituciones públicas o privadas que tienden a organizarse según el modelo

¹ Conferencia del Señor Rector de la UNSTA Dr. Pedro Wenceslao Lobo, en ocasión de la presentación de la Revista “STUDIUM FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA” el 6 de Octubre de 1998.

burocrático, se elabora en función de proyectos concretos, que con frecuencia están inspirados en motivos completamente ajenos a la ciencia propiamente dicha. Una parte cada vez más importante de la investigación apunta, además, no a resolver problemas específicamente científicos, sino a utilizar los conocimientos, los métodos, el *savoir-faire* científicos para crear nuevos procedimientos industriales, poner a disposición de la economía nuevos medios, fabricar nuevos ingenios militares o contribuir a realizaciones encaminadas al desarrollo de una región o de un país”.

“... En una palabra, la investigación se ha convertido en un factor de poder, tanto en el ámbito económico como en el directamente político.”

Actualmente nosotros podemos afirmar que el saber que abarca todo el conocimiento humano se ha convertido en instrumento político, económico y de dominación, en un factor de poder que muchas veces conduce a la desigualdad social. Al hombre contemporáneo no le interesa encontrar diferencias entre el saber técnico surgido de la necesidad, el saber culto producido por la admiración y el saber salvífico como camino hacia la eternidad.

Frente al público tan selecto que hoy nos visita en el lanzamiento de una revista que es una propuesta de intelección, una propuesta de intelectualidad, una propuesta de llevar la Universidad a las fuentes en las cuales está obligada por siempre a abreviar; quisiera que juntos reflexionemos sobre nuestra Universidad Católica.

La Constitución Apostólica sobre las Universidades Católicas *Ex Corde Ecclesiae* de Su Santidad Juan Pablo II, al referirse a la naturaleza y objetivos de la Universidad expresa:

“La Universidad Católica, en cuanto universidad, es una comunidad académica, que, de modo riguroso y crítico, contribuye a la tutela y desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural mediante la investigación, la enseñanza y los diversos servicios ofrecidos a las comunidades locales, nacionales e internacionales. Ella goza de aquella autonomía institucional que es necesaria para cumplir sus funciones eficazmente y garantiza a sus miembros la libertad académica, salvaguardando los derechos de la persona y de la comunidad dentro de las exigencias de la verdad y del bien común”.

En los “Criterios para la definición de las políticas universitarias de la UNSTA en el próximo cuatrienio 1998-2002”, elaborados por el Consejo de Provincia de la Orden de Predicadores se pone especial énfasis en la integración del saber, el desarrollo de la investigación, la aplicación de la misma a la docencia de grado y posgrado y a la solución de los problemas que afligen a la sociedad.

¿Cuál es la idea de Universidad que tienen las otras universidades privadas católicas que mantienen vínculos de fraternidad con la nuestra y con quienes compartimos importantes reuniones a nivel nacional e internacional?

Recordemos que durante más de cuatro siglos la Universidad ha sido llamada “universidad del espíritu”.

El Cardenal Newman se refería a la universidad como medio educativo que permitía la aspiración del individuo al saber y la educación liberal.

El modelo de universidad que preconizaba Jasper estaba conformado por una comunidad de investigadores y esto llevó al paradigma de Humboldt de la aspiración de la humanidad a la verdad.

En el proyecto de Whitehead, la universidad era un hogar de progreso, una aspiración de la sociedad al desarrollo indefinido; la enseñanza y la investigación estaban al servicio de la imaginación creadora. La universidad era el fermento de la sociedad, lo cual dio lugar en la Argentina a la reforma universitaria que tendía a una comunidad independiente pero ligada a la sociedad de la que proviene y a la que modela, con una máxima libertad e independencia académica.

Ya a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, aparecieron las universidades del poder, basadas en moldes intelectuales, la universidad llamada “napoleónica” imbricada en la estabilidad política del Estado, con una enseñanza profesional uniforme confiada a un cuerpo organizado con una clara estructura jerárquica administrativa.

En esas ideas se inspiraron muchas de nuestras universidades latinoamericanas y argentinas, tanto del ámbito estatal como privado.

Como reacción a esos modelos surgió la idea de universidad como un factor de producción, estructurada por el Consejo de Ministros de la Unión Soviética y de Cuba respondiendo a los parámetros de la sociedad comunista de esos tiempos.

La universidad también era considerada como un centro de revolución permanente y como consecuencia, en Europa se produce la famosa “Jornada de las rosas” en Francia, que luego es trasladada a Alemania y concretada por Mao en la China comunista, en donde la universidad era el instrumento de una revolución integral y permanente. Luego de este proceso surgen las universidades llamadas modernas, que obedecen a un claro esquema, el privilegiar la enseñanza; son las “universidades que enseñan”. Otras combinan la enseñanza con la investigación y tratan de vertebrar ambas actividades dando prioridad porcentual o a la investigación o a la enseñanza y, finalmente, están las llamadas “top universidades”, que son universidades de primer nivel en las cuales el gran privilegio está colocado en la investigación científica y en la especialización profesional en los ciclos de posgrado como áreas complementarias de la primera actividad.

En estos tipos de universidades modernas no se excluyen aquellas universidades que siguen creyendo en la “universidad del espíritu”.

Estas universidades, auspiciando tanto la enseñanza como la investigación, procuran ser muy buenas universidades de enseñanza contando con importantes grupos de investigación que les permitan alcanzar sus nobles fines.

Esto nos lo propone también el Santo Padre, y hace cuarenta años ya lo pregona Houssay afirmando que “no hay universidad si no hay investigación y si esa investigación no tiende a resolver los problemas de la sociedad”.

En un trabajo que con David Peylfremann hemos publicado en la revista *Perspectiva*, refiriéndonos a las nuevas universidades de fines del siglo XX afirmamos que “... La tecnología en la práctica se observa como procesos o productos que el hombre utiliza creativamente para resolver situaciones de la realidad, por eso se dice que es un saber-hacer creativo capaz de reformularse cada vez que una nueva necesidad o experiencia lo requiera. Tiene una dinámica propia, por cuanto lo regula el mercado, progresa si responde a una necesidad y si es económicamente viable. El usuario es el que la hace posible porque el hombre es capaz de utilizarla y la considera operable, y respecto de la ciencia tiene una relación con ella de insumo utilizándola para la explicación o la ayuda para resolver un problema.”

Los grandes cambios que deben producirse en la universidad son, pues, no sólo en el área de la investigación y de la enseñanza, sino también en la organización administrativa de la misma y en sus tareas de extensión o de relación con la sociedad. Estos son nuestros desafíos en la UNSTA.

Algunos artículos muy interesantes que se publican en el primer número de la Revista que hoy presentamos a ustedes son afines a los temas tratados en el libro de Pierre Grelot -Profesor Honorario del Instituto Católico de París, célebre teólogo y reconocido biblista-, que probablemente pronto aparecerá en español.

Esta Carta Abierta publicada con el título de “La ciencia frente a la fe”, respondiendo a la obra “Dios frente a la ciencia” de Claude Allègre –actual Ministro de Educación Nacional de Francia-, aborda una serie de interesantes cuestiones que considero podrían ser tratadas por nosotros si se organizara un amplio debate o análisis al respecto.

Grelot afirma en la obra citada, que el mundo es entendido como el conjunto del universo físico sin hacer referencia a la mirada introspectiva que el hombre realiza hacia su mundo interior habitado por el espíritu. Para Allègre el mundo interior tan sólo existe en función de las representaciones recibidas.

En otra parte del libro, Grelot expresa que el pensamiento de Aristóteles fue incorporado a los programas de enseñanza de la Universidad de París gracias a Alberto el Grande y Tomás de Aquino. La física aristotélica y su sistema o concepción del mundo eran bien conocidos por el Doctor Angélico, pero lo que sobre todo le interesaba era su lógica y su metafísica.

En la *Summa Teológica* –I, q 46 a 49- esencialmente son sus reflexiones metafísicas las que se ponen al servicio de la idea de creación considerada en sus grandes líneas.

Los principios de la lógica de Aristóteles, retomados por la filosofía tomista llevaron a evitar algunos de los falsos problemas que, a partir del siglo XVI, se presentaron a propósito del concepto de naturaleza proveniente de Aristóteles, confrontados con los primeros capítulos del Génesis. Así explica, en un lenguaje quizás poco técnico, que lo que determina la verdad de una proposición es su “objeto

formal quo”, es decir, el punto de vista en el cual uno se coloca al considerar su objeto material, que aquí es la concepción del mundo, a fin de determinarlo exactamente.

Este principio vale tanto para los textos bíblicos como para los esfuerzos llevados a cabo para entender el mundo físico.

Esos textos bíblicos conciernen únicamente a la relación entre la creación tomada globalmente y el Creador y no a la estructura física de las cosas.

Aristóteles había elaborado su teoría según los medios de su tiempo, colocándose esencialmente en el punto de vista de la estructura física del mundo.

Tomás de Aquino lo había contradicho únicamente respecto de la idea de la eternidad del mundo, porque según el Génesis el tiempo tiene un inicio. En lo demás, Tomás aceptaba que la observación directa podía determinar la manera como el mundo está construido y cambiaría si nuevos medios eran puestos al servicio de aquellos que lo estudian.

Al final de su *Carta Abierta*, Pierre Grélot se refiere al “point saillant” -que podríamos traducir como “tema prominente”- diciéndole a Claude Allègre que en su libro, del principio al fin, se busca la manera de confrontar Religión y Ciencia, dejando de lado un tema tan fundamental para el hombre como es el de la “dimensión del amor”, que no es otra cosa que el hecho o consecuencia de la fe real. Esta fe no tiene por objetivo describir el conocimiento del mundo, sino establecer entre los hombres y Dios una relación de amor. Aquí no se entiende por “amor” algo que se refiere a lo “sentimental” o al “sentimiento”.

La vida de la fe puede ser absolutamente árida, tendiente sólo a un acto de la voluntad ejercido para responder a la certidumbre de una “Presencia”. Esta “Presencia” en cuestión puede tornarse totalmente insensible.

Grélot culmina el análisis de esta temática expresando:

“No se sorprenda. La fe heroica tiene su grado supremo, Usted la verá en vivo en esa pequeña religiosa de 24 años (sor Thérèse de Lisieux) cuando en su agonía escribía a su Superiora la siguiente confidencia: “Si Usted juzga de las pequeñas poesías que he escrito este año, le parecerá que mi alma está llena de consuelo y que

para ella el velo de la Fe está casi rasgado, sin embargo, ese velo para mí es un muro que se eleva hasta los cielos y cubre el firmamento estrellado. Cuando canto a la felicidad en el Cielo, a la eterna posesión de Dios, no siento ninguna alegría, pues yo canto simplemente, lo que yo quiero creer.”

Pierre Grelot aconsejó al brillante Geofísico Claude Allègre –futuro Ministro de Educación en Francia- a penetrar con mayor profundidad en el estudio de las Ciencias Bíblicas o de la Religión, del mismo modo que él había tratado de hacerlo en las Ciencias de la Naturaleza.

Quizás ésa sea la receta para el verdadero diálogo entre Ciencia y Fe, entre Filosofía y Ciencia, evitando falsas concordancias que sólo llevan a acuerdos entre interpretaciones del mundo físico con el Dios Relojero de Voltaire y no con el Dios de los verdaderos creyentes que confían en Él a pesar de las tinieblas, de la soledad y el pecado.

Debemos evitar que la “charlatanería” y la falta de fundamentos científicos irrumpen en la Academia, como proponía Mario Bunge en su tan comentado artículo publicado en *Philosophical Review* hace dos años.

Nuestro ámbito universitario se transformará entonces, con la ayuda de todos ustedes y la de todos los hombres de buena voluntad, en un lugar de encuentro y diálogo fecundo que lleve a la integración del saber, misión fundamental de nuestra Universidad Católica.